

# SUPLEMENTO FEMENINO

## DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 28 de Mayo de 1925

### Debes evitar tener celos y mal humor

mandamiento que el japonés Keomai indica para las japonesas

Hoy tengo mal humor.  
 —¿Y eso, por qué?  
 —¡Si lo supiese yo!  
 —Usted es muy razonable; piense y encontrará el motivo.  
 —¿Y si no lo encuentro?  
 —Pues ya no ha de estar mal humorada.  
 —No he de estar... no he de estar... pero lo estoy.  
 —¿Le gusta a usted ese estado tétrico, abúlico...?  
 —Por Dios, lo detesto. ¡Si usted supiera los disgustos que me cuesta! Por eso anhelaba con toda mi alma verle a usted para que me hablase de él.  
 —Yo pocas cosas sabría; tengo que recurrir siempre al comentarista K.  
 —Sí, pero como usted se apropió ya sus ideas, es como si fuesen de usted.  
 —¿Y cómo adivinó?  
 —Habla y las defiende con tanto fuego... pero no divaguemos y vayamos a nuestro asunto.  
 —Como usted guste. Decíamos.  
 —Sí, que a que atribuye el mal humor el filósofo K.  
 —¿A usted no le molesta oír cuentos? Creo que no; a todas las mujeres les seduce, por eso las poco cultas, aquellas que su instrucción no les ha permitido engolfarse en las imaginaciones de los clásicos de esas literaturas, base de la verdadera cultura, ya que quien no pasó unas horas largas con Odiseo, o con Sancho Panza, o con la Caperucita, no es fácil que se engolfe luego en grandes estudios, como no llega a ser verdadero hombre el que no fué niño en su infancia, ya que siempre añora y recuerda con amargura aquellas horas inocentes que le robaron; así la mujer, que cuando niña, casi nunca lo es completamente, porque siempre es más precoz que el muchacho, cuando debiera ser mujer, desea cuentos e historias, no sé si egoístamente para sí o para los pequeños que constantemente como el «pío pío» de los pájaros, se oye que piden un cuento largo, un cuento bonito».  
 —Dejó usted una idea suelta.  
 —¿Cuál?  
 —Decía usted que tanto les gustaba a las mujeres los cuentos que las que no habían podido leer y nutrir su inteligencia con los de los clásicos...  
 —Lo dejé suelto a propósito, porque

creque usted ya lo habría comprendido.  
 —Se refería usted a las habladurías imaginarias de las comadres de los pueblos...  
 —Sí a esas y a... algunas de las «grandes ciudades» del Japón, dice K.  
 —Buéno; pues sí, a pesar de que me llame usted niña, me gustan los cuentos.  
 —No crea usted que sea ningún defecto; la mujer no debe dejar de ser niña completamente, dice el japonés K. A los japoneses les agrada jugar con sus esposas, como éstas les agrada jugar con sus hijos.  
 —¿Y el cuento?  
 —Una vez había...  
 —Una parejita japonesa enamoradísima, cuando el marido llegaba del puerto, encontraba a su linda muñequita con su tocado recién hecho por las sumisas sirvientas, aquella faz que aparecía tan transparente como una porcelana del país y tan flexible y sonriente como los vivos colores de sus sedas y telas, se llenaba de animación y vida al ver al amado de su hogar. La dicha parecía eterna para aquellos dos seres orientales. Mas un día se terminó.  
 —¿Por qué?  
 —Al marcharse una tarde el esposo y asomarse su amada a la celosía japonesa, una ráfaga de aire penetró en la habitación y trajo consigo un cuerpo extraño que fué a posarse en las «ventanas del alma» de aquella japonesita. La criadita de confianza tomó el delicado párpado de su señora e hizo cuanto pudo por extraérselo, hasta que dijo la interesada: «Ya nada me duele, ya se fué, ya lo sacaste» pero... se había equivocado: aquel cuerpo chiquitito había salido de la vista para introducirse en el órgano del amor y... cuando llegó el japonés encontró a su muñequita despeinada, porque la sirvienta-artista, que dos años consecutivos había peinado aquella negra madeja a gusto de su dueña, aquella tarde no acertaba a colocar las hebras de azabache como pretendía la reina de aquella masión. Tampoco acertó su esposo a decir la palabra, que endulzase aquellos ojos oblicuos, aquel rostro flexible y halagüeño se había convertido en un interrogante para todos los que la amaban. ¿Qué tendrá la princesita?, se decían.  
 —«Doctor, mi mujer se consume y me consumo yo, y mis pequeños lloran y mi servicio se inquieta; yo creo que mi mujer está neurasténica»  
 —«El viejo doctor, que era el mismo filósofo K., le preguntó:  
 —«¿A qué horas está V. en casa?»  
 —«... fué en ausencia del esposo.

«Señora—le dijo—, a comunicarle vengo que...»  
 «El rostro inflexible de la japonesita iba reaccionando.  
 —«...Su esposo y sus hijos...»  
 «¿Ha pasado alguna desgracia, doctor?»  
 —«No, señora; pero son muy desgraciados.»  
 «Pero cómo es eso?»  
 «Si, y han pensado marchar de Tokio una temporada hasta que usted se reponga.»  
 —¿Yo?  
 «Quiero decir hasta que usted esté bien para ocuparse de ellos, porque ahora necesita usted reponerse y descansar.»  
 «¿Pero sin ellos?... ¿se han ido sin decirme...?»  
 «Los zollos ahogaban la garganta de aquella mujer, que parecía de perlas negras esmaltada, corrían sus lágrimas como agua cristalina entre peñascos oscuros, y me decía:  
 —«Doctor, ¿pero dónde están? Yo no puedo vivir sin ellos.»  
 «El doctor la miraba impassible hasta que en una lagrima notó un cuerpo extraño, aquel que un día entrara por la vista y le traspasara el corazón.»  
 «El doctor se despidió de la señora, porque en aquel instante llegaba el esposo afligido, que al verlo le dijo:  
 —«Encontró usted lo que tenía mi mujer?»  
 —«Sí, señor; está ya curada.»  
 «Y efectivamente, al mirar el rostro de la que tanto amara, vio ya cristalino y hermoso como una flor con rocío.»  
 Muchas veces, al asomarnos a las celosías, señoras, cuidemos de que no entre un cuerpo extraño en nuestro corazón, y si entrará, lloremos, lloremos, hasta que salga y nos vuelva a dejar sano y limpio nuestro órgano vital.  
 —¡Oh, qué cuentos tienen los japoneses: son como revelaciones!  
 —Son a manera de sorpresas japonesas.  
 —¿Y por qué da Keomai tanta importancia a este mandamiento?  
 —Porque sólo sirve para mortificar al marido y con la mortificación viene el alejamiento, y el que mucho se aleja puede perderse.  
 LA BARONESA DE DULAS.  
 (De Las Noticias, de Barcelona).



CONSORTIUM DE PRESSE, PARIS  
 Vestido en fina popelina beige, adornado con un cuello y mangas de cuero rojo, broderie roja

### La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

Paris, Mayo 1925.  
 Las Colecciones de Verano  
 Todos estamos verdaderamente impacientes por cerciorarnos de que la Primavera es la estación reinante; no obstante que la temperatura desagradable nos obliga a llevar aún los pesados abrigos de invierno; los modistos exhiben en todas partes sus magníficas colecciones de verano. Y si bien las grandes líneas de las «toilettes» son siempre las mismas, cada día se lanzan nuevos y caprichosos detalles.  
 La mujer verdaderamente «chic» debe pues adaptarse a los gustos del día. Hay que reconocer que somos bastante más gastadoras que nuestras madres; muchas de las cuales conservaban sus vestidos todo un año. Hoy hasta la más modesta obrerilla se encuentra poseída de esa especie de fiebre de cambio y variación que caracteriza nuestra época.  
 Las grandes casas de modas varían hasta el infinito sus «atrayentes» creaciones. Y lo que llama más la atención en los modelos de verano, es que la parisien ha renunciado al fin a la excesiva sobriedad que imperaba hasta ahora. Durante mucho tiempo se han llevado, aun en días de magnífico sol, simples vestidos de raso negro o de sarga. La moda se ha vuelto más lógica, y siguiendo la costumbre de las norte-americanas, que desde la aparición de los primeros días de buen tiempo usan vesti-

Lavados en seco  
 Colores finos y sólidos a la muestra  
 Lutos rapidísimos  
 Plissés, acordonados, watteaux, etcétera  
 Se lavan, tñen y rizan plumas  
 Lavado de renards y toda clase de pieles  
 Visillos, stors, cortinajes y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN  
 BARCELONA  
 Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES  
 ANUNCIVAY, 26 MAHÓN

La preferida de la gente chic  
 Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta  
 Tantas expediciones como vapores correos

dos estivales de tintes alegres y frescos como el verde pálido, el «cylamen», el violeta y el azul lavanda.

Veremos la vuelta sensacional de las telas de piqué, con las cuales se pueden confeccionar vestiditos muy simples adornados con bandas de tela más oscura e hileras de botones. Estos últimos se llevarán mucho durante la estación que se inicia y ya pueden observarse las infinitas variaciones que este adorno proporciona al vestido. Estas «toilettes» son verdaderamente graciosas y fáciles de llevarse, especialmente para los paseos matinales o el tenis.

Otra tela que sale del destierro al que se le había condenado es el «foulard» con grandes flores: amapolas entreabiertas sobre un fondo blanco y negro, o lindas rosas de colores pálidos destacándose sobre una trama algo oscura.

Se ha lanzado también el «foulard con puntitos en color, de estilo verdaderamente delicioso y juvenil»

Uno de los rasgos de la moda estival es el vestido derecho, sin mangas, en muselina de seda o en crepé de China que da cierto relieve a la silueta y cae muy bien a las mujeres delgadas.

Los crepés de China impresos harán furor en el verano. Un vestido de crepé de China se acompaña admirablemente con una túnica también en crepé de China, de color uniforme.

Este será el traje que se llevará en las grandes reuniones deportivas y mundanas, en el Bosque, en Longchamp y en Auteuil.

En la visita que hemos hecho a una gran casa de modas, hemos tenido ocasión de admirar una «robe» en crepé de China impreso y crepé de un sólo color, adornada de una larga cinta de raso negro.

Algo que llama mucho la atención en las colecciones, es el gran empleo que se hace de las telas pintadas, con guirnalda de flores o con dibujos geométricos o en tres tonos, como rojo, gris-lacre y negro.

Desgraciadamente, todas estas graciosas y vaporosas «toilettes» tienen que permanecer aún en los roperos, pues el cielo continúa gris y la temperatura es todavía muy fría para salir desprovistas del abrigo.

En las calles se ven algunos conjuntos de «beige» y «Kasha», ofreciendo la misma tonalidad los zapatos, el sombrero y las pieles.

Muchas mujeres, cansadas ya del vestido levita, que se ha generalizado tanto, prefieren los vestidos en «reps». Hemos visto por ejemplo, un abrigo en «reps» negro adornado de hileras de botones rojo-lacre.

La nota característica de algunos grandes modistos es la combinación del «reps» y del tafetán, cuyos conjuntos tienen una real distinción. Algunos modelos se hacen completamente en tafetán adornado con bandas superpuestas de «reps», haciendo juego con el abrigo también en «reps» forrado de tafetán.

Indudablemente que estos vestidos son menos seductores que los trajes ligeros de color alegre, pero en cambio presentan cierta elegancia, debido al corte impecable y al cuidado en los detalles que es lo que constituye el «chic» parisien.

«Toilettes» para los lugares muy iluminados

Hay que convenir que con el mes de Mayo comienza la estación veraniega parisienne. Los extranjeros afluyen en gran cantidad para asistir a los espectáculos de gala y a los últimos bailes de la estación. Las fiestas y reuniones mundanas se suceden sin interrupción, tan pronto se trata de la apertura de un nuevo salón de pinturas, como de la venta de una gran colección de objetos de arte. Los tes se siguen unos a otros, y cada una de estas reuniones es un nuevo pretexto que no dejan de aprovechar nuestras elegantes para hacernos admirar los magníficos vestidos que hábiles modistos, han confeccionado para ellas.

Para los modelos de noche nada es demasiado elegante ni excesivamente suntuoso. Telas, bordados y encajes deslumbran nuestros ojos. La moda ha evolucionado evidentemente. Los vestidos estrechos han cedido el campo a las «robes» amplias y flexibles hechas en telas vaporosas. El tul, la muselina de seda, el crepé georgette todos están en gran boga. Con frecuencia se realizan efectos de contraste entre el corpiño y la falda. Así por ejemplo, se confecciona el primer género de seda a rayas y la falda en tul negro con pliegues muy finos, ofreciendo de esta manera una oposición entre un color opaco y otro brillante.

Se han lanzado últimamente los colores uniformes y vivos: el morado, el violeta rojo, el azul añil, parecen obtener los favores que hasta ahora han tenido las telas estilo pintura

al pastel, como turquesa pálido y el verde fauno de un aspecto vegetal, llamado por tal razón verde hoja. La gama de los rosados en sus tonalidades «mauve» y «violeta» obtiene igualmente gran favor.

Las mujeres «entre dos edades» no pueden permitirse aquellos tintes color arco iris que requieren toda la frescura de la juventud. Una gran casa de modas se esfuerza por hacernos abandonar nuestra prevención contra el gris, el cual ha decaído casi por completo sin saberse por que razón. Sin embargo durante el verano que va a comenzarse se verá algo el gris, aunque no tanto como el negro realizado por algún punto de color.

En una de las últimas «soirees» hemos tenido ocasión de admirar un vestido hecho de encaje y crepé negros y sobre el cual aparecían flores en grandes bordados rojo, verde y oro.

Los encajes de seda negra superpuestos en ligeros pliegues sobre un fondo de malla constituyen la última nota del día.

Nunca la moda ha tomado formas tan complicadas. Con frecuencia nos complacemos en poner todo nuestro gusto y originalidad sobre los adornos de una «robe» simple. Tan pronto es un cinturón de joyería que sostiene un tablero de encaje, como un «pendentif» de cinta adornado de una borja que desciende a lo largo del corpiño; o bien una larga hebilla de «strass», o un chal sobre las espaldas lo que da al conjunto una gracia imprevista.

Con los actuales vestidos confeccionados en telas ligeras, se obtienen efectos del mayor gusto.

La amplitud flexible, los dobles y los pliegues que revolotean alrededor de la silueta, convienen admirablemente para los vestidos de «soirée».

En ese estilo podemos citar un elegantísimo vestido de noche en crepé Georgette con amplios dobles hacia abajo. Cinturón bastante ancho, y terminando en una especie de cola laminada en plata y con borja también plateada.

Estos vaporosos vestidos de noche que se animan a cada movimiento y cuya amplitud permite danzar libremente, son de una gracia femenina y de una línea absolutamente nuevas.

LECCIONES DE COSAS

Pintura esmalte para el hierro.—Se obtienen buenos resultados, empleando sencillamente un barniz compuesto de cuarenta partes de peso de goma laca amarilla en escamas, disueltas en sesenta partes de alcohol.

Las piezas de mármol de los muebles se pegan muy bien con este cemento:

Se echa en agua fría una cantidad de cola proporcionada, y pasadas unas cuantas horas, se pone a hervir.

Cuando se haya disuelto la cola, se prepara una pasta fluida de yeso y agua, se echa a la cola y se bate con fuerza. Inmediatamente se pone al mármol despegado y se le pone peso hasta que agarre.

Los cubos y demás vasijas que se usan en la cocina para echar los desperdicios, deben vaciarse diariamente, enjuagándolos bien con agua fría y todas las semanas fregarlos con agua de seltz caliente y ponerlos a secar al sol.

Para quitar las manchas de grasa a los papeles de las paredes.—Con agua fría y tierra de bataneros, o en su defecto tierra de pipas, se hace una pasta, que se extiende sobre las manchas. Una vez seca, se quita con un cepillo o una brocha de esparto. Si la primera vez que se pone en práctica no da resultado se repite una o dos veces más.

Los objetos de caucho vulcanizado suelen endurecerse y ponerse quebradizos hasta el punto de quedar inservibles.

Para ennegrecer el calzado de color, el sistema más sencillo es frotarlo con rajas de patata cruda, y a los pocos momentos aplicar betún negro y sacar lustre como de ordinario.

El procedimiento da tan buenos resultados, que después de aplicado, no hay quien sospeche la metamorfosis.

Para conservar las planchas en buen estado, además de guardarlas en sitio seco, conviene pasarles un trozo de cera o de parafina cuando se acaben de usar y estando todavía calientes.

La ligera capa de materia grasa que se adhiere a la superficie las preserva del orín.

Cuando tengan manchas de orín, se limpian frotándolas en caliente con una muñequilla de franela y cera amarilla, luego con sal de cocina y después con papel de lija. Estas operaciones se repiten cuantas veces sea necesario, hasta que desaparezcan las manchas.

El olor balsámico de los pinos se puede obtener en casa de un modo muy sencillo:

Se mezclan noventa partes de aceite de pino blanco de la mejor clase, con cuatro de esencia de bergamota, otras cuatro de esencia de limón y dos partes de tintura de vainilla, y se disuelve todo en mil partes de alcohol de 95°.

«La Moda». He aquí una palabra que sólo parece el nombre de una cosa ligera, indigna de estudios. Pero todo el que tenga alguna instrucción y haya meditado un poco habrá visto claramente que la «Moda» ha sido y es reflejo de la costumbre y alma de los pueblos, como es también una prueba evidente de su estado de cultura material.

La moda no ha existido ni existe solamente en los vestidos y en las joyas, sino que se extiende a todos los objetos que nos rodean, y si añadimos los nombres de estilo y escuela a la palabra Moda dentro de las Bellas Artes, nos encontramos ya en el campo de la Ciencia, tema que se presta y requiere largas disertaciones en lugar de notas.

¿Cuánta diferencia no existe p. e. entre la sociedad griega y la de la Francia del siglo XVIII?

La mujer griega vestida con gran sencillez lleva sus brazos desnudos y la dama de la corte de Luis XVI va encollada, convertida en una niña de carne y huesos que se dá a los artificios más exajerados y pueriles de una moda rebuscada en alto grado.

Mas, dejando aparte el hacer consideraciones sobre la moda, quiero dirigirme a las directoras de colegios y hablarles un poco del gusto estético que como es sabido es el principio en cuya virtud se juzga rectamente de la belleza que haya en una obra.

Los dibujos de la «tapicerie» y otros bordados que se dan a las niñas, deberían ser siempre de estilo y color bien clasificados, dándoles las instrucciones necesarias sobre los colores que se han de usar, rigurosamente característicos y así la niña empezaría a tener cuando ha realizado el bordado, un modelo delante de los ojos, armónico y correcto, educándose más tarde en los museos y en los libros.

Aunque parezca raro que para educarse el gusto hayamos de conocer lo antiguo, la explicación es clara y evidente: se han inmortalizado de las épocas, las cosas de verdadero mérito artístico reconocido por personas competentes. Todo lo que forma estilo es como si dijéramos la síntesis artística de cada época, que es lo que imprime su verdadero caracter y lleva en sí una verdadera ley de armonía, esencial en toda obra de gusto. Así es, pues, que lo que tiene estilo, suele ser un buen modelo.

Muchas son las señoras que poseen p. e. abanicos antiguos, pero pocas las que los aprecian y sepan clasificarlos como lo harían si desde niñas hubieran aprendido a conocer esta disposición peculiar que admiten las obras de arte, según los países o las épocas en que se desarrollan y el gusto dominante en las mismas, que se llama estilo.

Por eso no cabe dudar que los museos son el principal factor para la formación del gusto estético.

BUEN HUMOR

PROBLEMA

—Oye Pepe, debes saber, ya mucho, ¿verdad? —Sí, tío. —Pues te pondré un problema. —Escucha. Si cien obreros hacen una casa, ¿cuántos mil obreros, ¿qué harán? —La huelga general.

DIALOGO

El capitán: — ¿Borracho, eh?... Y, ¿a qué pesas la pena que tienes?

El calayo: — Denguna, mi capitán. ¡Estoy muy alegre!

EL RESPETO

El tigre: — ¡Compañeros! Vamos a tratar del respeto que debemos tener a la vida de los demás. ¿Estamos todos?

Una voz: — Falta la liebre.

El león: — Sí, ya sé me la he comido yo.

Imp. de M. Sintet Rotger. — Malón



Manteau en reps beige y reps castaño, adornado con pespunte y botones, rojo laca

LA EXPERIENCIA

La experiencia es un maestro que hace pagar caras sus lecciones; pero su escuela es la única donde pueden aprender los insensatos.

—El mejor consejo es el de la experiencia; pero siempre lo recibimos demasiado tarde.

—La experiencia es la demostración de las demostraciones.

—La experiencia es una linterna sorda; su luz no sirve cuando más, sino al que la lleva.

—La razón necesita de la experiencia; ésta nada vale sin la razón.

—Muchos creen tener experiencia sólo porque son viejos, pero se engañan.